



A estas alturas del año, la naturaleza va mudando su semblante indicándonos que los días van caminando hacia su fin. La Iglesia celebra el último domingo de este tiempo, invitándonos a que nos preparemos para la segunda venida de Jesús. No hemos hacerlo con desasosiego, pero sí movidos por un ardiente deseo.

Frente a la buena noticia: **μαρὰν αθά** «El Señor viene», brota el apasionado anhelo que se hace oración en el corazón de la Iglesia: **μαράνα θά** «¡Oh, Señor, Ven!». Es la segunda de las venidas del Señor.

La primera aconteció en la humildad de un Niño acostado en un pesebre (Lc 2,7). La última acaecerá en la gloria que le corresponde como Hijo al final de la historia.

Viene a buscarnos a fin de llevarnos a recostar en praderas verdes, como son las de su regazo. Nosotros, desgranando las cuentas de nuestros días, hemos de ir disponiéndonos para “*las bodas del Cordero* con la finalidad de que “*nos encuentre embellecidos*” (Ap 19,1-7).

Si se persevera en el empeño, podremos escuchar el mejor de los evangelios: “*Venid benditos de mi Padre...*”. Pero también, y no lo podemos olvidar, se puede oír: “*Lejos de mí, malditos...*”.

La bendición y la maldición es un “**reconocimiento**”, por parte del Rey, Cristo-Jesús, de la realidad de nuestra vida: de lo que hemos sido y del modo como nos hemos preocupado por el prójimo (cf. Gn 4; Lc 16,19,31).

Al comienzo del evangelio de san Mateo (1, 23) se anuncia: «La *virgen concebirá y dará a luz un hijo, que se llamará Emanuel, que significa 'Dios con nosotros'*». Al

final del mismo se proclama: «*yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo*». (Mt 28, 20).

Es en este marco en el que debe leerse y comprenderse el “*Juicio Final*” y que la liturgia celebra en este día de Cristo Rey.

Jesús, el Emmanuel, el Dios con nosotros, está verdaderamente “*con nosotros*” hasta el fin del mundo. Pero, ¿dónde? ¿Cómo podemos reconocerlo presente?

Hemos de seguir sus huellas atraídos por sus perfumes como afirmar el Cantar de los Cantares: *¡Qué exquisito el olor...; aroma que se expande...llévame contigo...disfrutemos y gocemos juntos, saboreemos tus amores embriagadores*”(1, 3-4). Es la fragancia del amor que nos ha de llevar a cultivar sus sentimientos que, a menudo, no son los nuestros.

El encuentro último, que se centra en ese precioso “*ungüento*”, se concretiza en los gestos más sencillos y cotidianos del vivir: *tuve hambre... tuve sed... estuve desnudo... enfermo... en la cárcel...*No hay nada de heroico y, por tanto, ajeno a la vida cotidiana. Ni siquiera son llamativos.



Este buen hacer, precioso “*aroma que se expande*”, es lo que hizo Jesús a lo largo de su vida mortal: es la mejor manera de reinar. Tiene un poder que lo ejerce con sabor de eternidad. La Iglesia lo reconoce y lo festeja en este día, iniciando la Eucaristía con esta afirmación que se hace canto: “*Digno es el Cordero degollado de recibir el poder...A él la gloria y el poder por los siglos*” (Ap 5, 12; 1, 6).

Es el triunfo definitivo de Cristo sobre las fuerzas del mal. Su reconocimiento como Rey de la creación, “*liberada de la esclavitud*”, como se pide en la oración colecta, hace posible el servicio y la glorificación.

Servir es amar y amar es glorificar.

El amor que glorifica se expresa con gestos corporales. Sólo cuando el cariño se vuelve corpóreo: a través de una sonrisa, una escucha, una mirada, una caricia, un abrazo, un silencio, una palabra, se comunica. Sin esta apertura, nuestro cuerpo se pliega sobre sí mismo, se aísla, permanece entre los demás sin estar con ellos, se desinteresa de los otros, se enfría y transmite frialdad.

Se aprende a querer queriendo; el gesto educa el corazón. La caridad que consuela a los demás es desencanto para quien la ejerce.

¿Cómo prepararnos para este encuentro con Cristo?. El himno que lleva por título “*Rerum, Deus, fons ómnium*” lo explicita con claridad:

Llorar nuestros pecados. Es una de las bienaventuranzas. San Efrén escribirá: “*un rostro lavado por las lágrimas es de una belleza indescriptible*”.

San Pablo VI llamó al pobre “*sacramento*” de Cristo; pero no podemos olvidar que es, de igual modo, “*sacramento*” de nuestro pecado, puesto que expresa que se dan realidades en las que Cristo “*todavía*” no reina debido al mal del mundo.

Creer en las virtudes y, en concreto, en caridad que, como afirma san Bernardo, es la reina de todas ellas. Es hermoso el comentario que hace Venancio Fortunato al gesto de San Martín de Tours partiendo su capa para dársela a un pobre. Dice: “*El frío y el calor se convierten en objetos de intercambio, uno recibe una parte del calor, el otro toma una parte del frío*”. Cuando así se vive, el **servicio** se transforma en **alabanza** porque “*la gloria de Dios es que el hombre viva*”.





Un salmo para rumiar

Sal 22, 1.2a. 2b.3. 5-6

El Señor es mi pastor, nada me falta:
en verdes praderas me hace recostar.
Me conduce hacia fuentes tranquilas,

y repara mis fuerzas;
me guía por el sendero justo,
por el honor de su nombre.
Preparas una mesa ante mí
enfrente de mis enemigos;
me unges la cabeza con perfume,
y mi copa rebosa.

Tu bondad y tu misericordia me acompañan
todos los días de mi vida,
y habitaré en la casa del Señor,
por años sin término.

El desierto es el contexto común a la imagen del pastor y el beduino. En él, el creyente redescubre las raíces de toda la historia de Israel: Abrahán y los demás patriarcas fueron pastores trashumantes por el desierto. Moisés se preparó en el yermo para su misión y volvió a él para acompañar al pueblo a la libertad. Allí se manifestó el poder de Dios, que «*hirió a los primogénitos de Egipto, sacó a su pueblo y lo condujo por el desierto. Los llevó con seguridad hasta la tierra prometida*» (Salmo 78, 51ss).

El desierto también es el lugar de la tentación, la prueba, la murmuración, el pecado, la idolatría y la conversión. El paraje donde se descubre que Dios perdona

siempre y continúa dando vida, alimento, salud, victoria. Lo hace con generosidad porque perdona con magnanimidad. Es el lugar donde se puede hacer verdadera experiencia del encuentro con Dios:

«La llevaré al desierto y le hablaré al corazón... Ella me responderá allí como en los días de su juventud, como el día en que salió de Egipto... Y te desposaré conmigo en fidelidad» (Oseas 2, 16).

Henry Ward Beecher (XIX), pastor evangélico norteamericano, escritor fecundo y abolicionista de la esclavitud, escribió sobre este salmo:

“Es como el ruiseñor de los salmos; pequeñito y de plumaje corriente, canta tímidamente en la sombra; pero su canto ha llenado los aires del mundo con una gozosa melodía, la más encantadora que pueda concebirse. ¡Bendito sea el día en el que fue concebido este salmo! Él solo ha calmado más dolores que toda la filosofía del mundo”.

Con sencillas imágenes, como acontece con todo lo bello, el salmista expresa sus más puros sentimientos, su fe profunda y su confianza familiar con Dios. Es lo que vive. Como un pastor, Jesús guía, defiende, colma de bienes y, más que nada, lo cobija en su propia casa “*por años sin término*” (Mt. 11,28-30). Todo el quehacer de Dios por medio de su Hijo puede resumirse en dos palabras:

Bondad y misericordia.

¿Hay fragancia más hermosos?

El día de nuestro bautismo, como afirma el salmo, hemos sido ungidos con precioso perfume (v. 5); es el de Cristo, que nos ha de acompañar hasta el encuentro último con Él al final del tiempo.

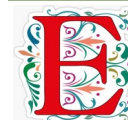


En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo

Domingo XXXIV
tiempo “per annum” “A”
Cristo Rey

**Un texto para guardar
en la memoria del corazón**



En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos:
«Cuando venga en su gloria el Hijo del hombre, y todos los ángeles con él, se sentará en el trono de su gloria y serán reunidas ante él todas las naciones.

Él separará a unos de otros, como un pastor separa las ovejas de las cabras. Y pondrá las ovejas a su derecha y las cabras a su izquierda.

Entonces dirá el rey a los de su derecha: “Venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer...”. Entonces los justos le contestarán: “Señor, ¿cuándo te vimos con hambre y te alimentamos, ...?”. Y el rey les dirá:

“En verdad os digo que cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis”.

Mateo 25, 31-46